

'LUNA BENAMOR', UNA HISTORIA DE AMOR IMPOSIBLE

Luis Alberto del Castillo Navarro / Instituto de Estudios Campogibraltares

INTRODUCCIÓN

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), el escritor español más editado y traducido después de Cervantes, tiene su espacio en estas II Jornadas de Literatura y Creación Literaria campogibraltares dedicadas al fenómeno transfronterizo en la literatura. Y lo tiene por dos razones fundamentales: la primera, porque Blasco, tanto en su trayectoria humana y en su proyección literaria, estuvo siempre al otro lado, a través de la frontera, porque siendo valenciano y español sin renuncias fue universal y como republicano federalista supo ser ciudadano del mundo. La segunda razón para incorporar su figura a estas Jornadas es su novela *Luna Benamor*, íntegramente desarrollada en la vecina Gibraltar.

Por supuesto, además de esas dos razones expuestas y que desde muy joven disfruté leyendo a Blasco, existen otros motivos personales para traer aquí este recuerdo a Blasco Ibáñez, entre ellos, la preferencia que la obra del novelista valenciano gozó desde sus inicios entre los veteranos republicanos del Campo de Gibraltar y, en singular, por su localismo *Luna Benamor*, amén de *La catedral*, *A los pies de Venus*, *La araña negra*, *La barraca* o *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; y, muy especialmente, por el tinte de escritor maldito, heterodoxo, prohibido y silenciado que padeció Blasco durante toda mi juventud, bajo la dictadura franquista. Así pues, sin exceder del marco de esta comunicación, en primer lugar reflexionaremos sobre la pervivencia, pese a sus numerosos enemigos, de la obra de Vicente Blasco Ibáñez, de quien dice Juan Luis Alborg "llevó el nombre de España a masas de lectores que no tenían de nuestra literatura –y quizá de nuestra existencia– otra noticia"; y, en segundo término, sobre *Luna Benamor*.

I

UN RESCATE OBLIGADO

Cada vez está más claro que el olvido que se pretendiera arrojar sobre la figura y la obra de Vicente Blasco Ibáñez obedeció, más que a móviles políticos –que sí existieron–, a envidias mezquinas y a enemistades torticeras de críticos y colegas escritores, que fueron incapaces de sobrellevar con gallardía y buena fe el éxito nacional e internacional del autor levantino. Nadie duda que Blasco, desde los inicios de su juventud fue un hombre molesto por sus ideas políticas; y por la radicalidad y coherencia que permanentemente mantuvo en la defensa de sus ideales. En la España de la Restauración, este orador brillante, auténtico tribuno de la plebe capaz de encender con su palabra a las muchedumbres (recuérdese al respecto el recibimiento de que fue objeto en Argentina), supo labrarse enemigos poderosos.

Al principio de su actividad política, Blasco sintió una gran admiración por Ruiz Zorrilla, pero como reseña Alborg siguiendo a José Luis León Roca (el más autorizado biógrafo de Blasco junto con Gascó), "sus incesantes lecturas le pusieron en contacto con los escritos de Pi y Margall, según el cual la República y la democracia estaban incompletas si no se establecía el federalismo, y Blasco se afilió a su partido". Desde 1884, el joven Blasco aprovechará todos los sucesos y coyunturas políticas y sociales para intentar sacar a su partido –sobre todo en Valencia– de la atonía que venía padeciendo. Así lo prueban su intervención en la polémica destitución del catedrático de Historia de la Universidad de Madrid, Miguel Morayta, y su participación activa en el homenaje al exministro de la República, José Cristóbal Sorní, el hombre que había decretado la libertad de 10.000 esclavos cubanos.

Tras las últimas elecciones, en las que el partido liberal conservador de Cánovas del Castillo había conseguido un triunfo aplastante, e incluso los carlistas habían obtenido más votos y escaños que los republicanos, Blasco pensó que era indispensable revitalizar el partido. Se le ocurrió fundar un semanario, *La Bandera Federal*, costeado por un amigo y dirigido por él, en el cual pudieran expresarse los ideales republicanos, las denuncias de la situación social y laboral de los trabajadores valencianos, cuya realidad conocía Blasco a la perfección. Desde la aparición del primer número, el 1 de septiembre de 1889, comienzan las persecuciones contra Blasco Ibáñez. Gracias a sus artículos durísimos sobre las circunstancias de los obreros de la región valenciana y a un soneto, aparecido a las pocas semanas de vida de *La Bandera Federal*, en el que se pedía la muerte para todos los reyes europeos, Blasco fue procesado por primera vez y condenado a seis meses de prisión; aunque posteriormente en atención a su poca edad, 22 años, y a lo esperpéntico que era encarcelarlo por componer un soneto, el proceso y su sentencia fueron sobreseídos y archivados.

A pesar de este sobreseimiento, poco después, al ordenar Cánovas abrir expediente a los republicanos destacados de Valencia, acusados de haber promovido los disturbios cuando el marqués de Cerralbo, líder de los carlistas, visitó la ciudad. Tras una rocambolesca huida, Blasco se exilió en Francia, donde permaneció 18 meses y trabó conocimiento con destacadas personalidades de izquierda francesas y exiliados de otros países europeos.

Amnistiado en 1891 regresa a Valencia. En este año, el Ayuntamiento de mayoría republicana decide traer como mantenedor de los Juegos Florales de la Feria de Julio a Pi y Margall. Dos días antes de la celebración fallece un hermano del prohombre federalista y éste delega en Blasco Ibáñez el encargo. Esta circunstancia azarosa permite a Blasco dar un discurso excelente, en el que "defendió sus ideales, asegurando que el regionalismo y el federalismo no iban contra la integridad de la patria, puesto que no pretendían otra cosa sino la variedad dentro de la unidad".¹ Este acto que realza y consolida el prestigio político de Blasco Ibáñez, también nos da a conocer una concepción blasquiiana, su arraigado españolismo que será un eje fundamental en su vida política y literaria, aunque siempre nos resulte difícil distinguir al político del escritor comprometido con su tiempo.

¹ Juan Luis Alborg, *Historia de la Literatura Española*, tomo V, volumen III, pág. 460, 1ª ed. Madrid, 1999.

Poco después, parece que el rebelde impenitente va a sentar la cabeza: el 18 de noviembre de 1891 contrae matrimonio con María Blasco del Cacho, miembro de una destacada familia valenciana. En 1892 funda la editorial La Propaganda Democrática. Por esta época había concluido los folletines *La araña negra*, *Viva la República* y *Los fanáticos* y publica una *Historia del partido republicano español*. También se sintió tentado por el teatro y compuso el drama *El Juez*, que estrenado en el Teatro Apolo de Valencia no tuvo el éxito esperado, siendo la única experiencia teatral de Blasco.

El 12 de noviembre de 1894, aparece el nº. 1 de *El Pueblo*, diario republicano de la mañana. Afirma Emilio Gascó Contell, en la segunda versión de su biografía de Blasco, *Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*,² que aparecía *El Pueblo*, en una etapa, en la que fuera de Madrid no existían, en la práctica, periódicos de oposición al Gobierno. Los cientos de artículos que Blasco escribiera durante años en *El Pueblo* sirvieron para cimentar su fama de agitador político y que le llovieran los procesos y otro exilio, en esta ocasión más breve, a Italia. Gascó recogía un comentario del propio Blasco sobre lo que significó *El Pueblo* en su vida:

Me arriesgué en la empresa sin apoyo pecuniario alguno. Para sostener mi diario gasté cuanto me había correspondido a la muerte de mi madre y otros bienes de familia. Ya se sabe lo que ocurre con los periódicos de partido, especialmente con los de ideas avanzadas. Los agentes de anuncios huyen de ellos como de la peste, sus suscriptores están desperdigados y el más saneado de sus beneficios ha de provenir de la venta por ejemplares; pero España tiene una media de la población que es iletrada, y como *El Pueblo* se dirigía verdaderamente al pueblo, se comprende que se encontrara en déficit constante. A estos sinsabores financieros había que añadir la sistemática persecución de las autoridades por las violentas campañas del periódico, y que muy a menudo daban con mis huesos en la cárcel. Esto aparte, mi vida cotidiana de periodista ya constituía una especie de galeras. Mis compañeros de redacción eran jóvenes entusiastas que trabajaban gratis y reclamaban mi ayuda para los asuntos más diversos, y aquella tarea, que comenzaba a las seis de la tarde, no concluía hasta el alba siguiente.

Sus artículos contra la guerra de Cuba, publicados pocos días después del comienzo de la sublevación en Baire, se prolongaron a lo largo de dos años. Desde el primero de ellos sostuvo la concesión a Cuba de su autonomía, para así evitar una guerra injusta, que nada solucionaría. Mantiene Alborg que "la intervención de Blasco en la cuestión de Cuba exige hacer un alto siquiera, [en la exposición biográfica] porque es una de sus más importantes participaciones en la vida pública y un índice muy preciso de su talla de luchador por la justicia y la libertad".³ Durante un par de años, sus artículos pusieron de relieve los errores graves del Gobierno y los abusos de las autoridades coloniales, causantes de la situación; situación aún más agravada por la incompetencia de los gobernantes y la ineficacia de los jefes militares para concluir con el conflicto armado, en puridad guerra sin cuartel en la manigua. Mención especial requieren aquellos artículos, en los que condenaba con virulencia que los ricos "comprando un hombre" por 6.000 reales ó 1.500 pesetas, evitaran ir a la guerra. Al fin y a la postre, de los cerca de un cuarto de millón de combatientes españoles en Cuba, resultaba que eran los pobres, los que no poseían 1.500 pesetas, los que iban allí a morir, a sacarles las castañas del fuego a los ricos. De ahí, su *leitmotiv* "que vayan todos: pobres y ricos".⁴ O su descarnada denuncia que transcribe literalmente Alborg de la obra de León Roca: "Dentro de pocos días embarcará con rumbo al infierno antillano otra remesa de carne de pobres, nuevos rebaños de parias de la miseria".⁵

En estos artículos demoledores, "Háblese claro", "Servicio obligatorio", "La bendición papal", "Honor y poca vergüenza", "La soledad de España", entresaca efectuada de dos años de denuncia diaria, está la causa de su exilio italiano del uno de abril

² Emilio Gascó Contell, *Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*, pgs. 56 y 57, 2ª ed. Madrid, 1955.

³ Alborg, op. cit., pág. 465.

⁴ José Luis León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez: Artículos contra la Guerra de Cuba*, Valencia, 1978. Los archivos del periódico *El Pueblo* fueron destruidos o desaparecidos después de acabada la Guerra Civil, y habían estado perdidos hasta que León Roca los halló y publicó una antología, con más de un centenar de artículos sobre la Guerra de Cuba.

⁵ Alborg, op. cit., pgs. 467 y 468.

al cinco de junio de 1896, que cristalizaría artísticamente en cuarenta crónicas, más tarde publicadas con el título *En el país del arte*.

Su toma de posición ante el problema cubano, sus soluciones al mismo y a los males que aquejaban a España y a su ciudad, como se vio en su magnífico proyecto de modernización de Valencia,⁶ que llevaría a su partido al triunfo en las elecciones y al Gobierno municipal, hablan bien a las claras de un Blasco regeneracionista, pero alejado siempre de visionarios "cirujanos de hierro" al *more costiano*. El regeneracionismo blasquiano estará basado en los principios democráticos y en la soberanía nacional, la del pueblo español entendido como único soporte legítimo de la Nación española. De ahí, la extrañeza que nos asalta cuando los críticos y los bienpensantes del régimen franquista, a partir de los años 40 empiezan a hablar y a dilucidar a cerca del invento de Azorín sobre la "generación del 98", excluyen con desprecio, e incluso omitan con su silencio, a Blasco Ibáñez de este colectivo literario.

Resulta obvio, que la pertenencia biológica a una generación no se ha tenido en cuenta con Blasco y algunos escritores más. Blasco nace en 1867, Unamuno en 1864, Ganivet en 1865, Valle Inclán en 1866, Baroja en 1872, Azorín en 1873, y Antonio Machado en 1875. Como vemos, Blasco entra de lleno en la que Guillermo Díaz Plaja denominó "primera promoción" de la generación del 98, aunque él no le incluyera.⁷ Con respecto a esta fiebre clasificatoria que acometió a los críticos de la época, escribe Alborg:

Los críticos, en general, siempre han tenido gran afición a clasificar; hay en ellos una vertiente que los aproxima a la mentalidad de oficinistas y de entomólogos: con bastante frecuencia, el escritor interesa menos que el acierto crítico de encajarlo con la mayor exactitud en el casillero correspondiente.

Y más adelante, el mismo autor intentado responderse a una pregunta, que se formulaba anteriormente sobre

cuáles son las razones de que un novelista de proyección mundial, como fue Blasco, *gozne esencial entre los realismos de ambos siglos*, sea sistemáticamente silenciado, alojado como un residuo sin interés a la cola del movimiento naturalista y eliminado del grupo del "noventa y ocho",

constata que "la palabra *generación*, útil para fijar hechos biológicos, es absolutamente impropia para fenómenos históricos o culturales".

Pero a poco que leamos los estudios serios, honestos y documentados publicados desde el que escribiera Pedro Salinas, en 1938, sobre la pretendida generación "noventa y ochista" y los "modernistas" en su *Literatura española, siglo XX* y los producidos sobre la obra de Blasco Ibáñez, como los citados de Gascó y de León Roca, o los de Luis S. Granjel y de Carlos Blanco Aguinaga, veremos la colaboración intensa de Blasco en todas las revistas literarias importantes de su época. Y lo hará junto a sus coetáneos del "98", Maeztu, Valle Inclán, Baroja, Azorín, Machado, Unamuno, Dicenta, Jacinto Octavio Picón, Manuel Bueno, incluso el patriarca Pérez Galdós entre otros nombres. Así aparecerán sus colaboraciones en *Germinal* y *La República de las Letras*, este último semanario fundado en 1905 a iniciativa de Blasco. No colaborará en cambio en *Helios*, que según Granjel constituía el mejor exponente del modernismo.⁸

Así pues, el silencio o el desprecio lacerante a la obra literaria de Blasco y su sistemática exclusión entre los escritores de su época y el etiquetado del *Zola español* se deben en palabras de J.L. Alborg a:

⁶ Titulado "Revolución en Valencia", de fecha 4/11/1901. El día 10 de ese mes su partido, Fusión Republicana, vence en las elecciones municipales.

⁷ Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a noventa y ocho*. Madrid, 1951.

⁸ Luis S. Granjel, *La generación literaria del 98*, Salamanca, 1966.

La metódica eliminación de Blasco a lo largo de aquellas décadas ha sido una tramoya bien orquestada, pero de tan bajo nivel y tan sectarias modulaciones, por lo común, que no la estimo digna de menciones particulares. Aduciré tan sólo, junto al de Díaz-Plaja, otros dos casos por su especial significado –casi, más bien, como muestra del "género"– y porque ambos están vinculados al problema del 98, aireado por éste.

El primero se debe al eximio filósofo don Eugenio d'Ors, quien en el número Almanaque de 1950 del periódico *Arriba*, de Madrid, dedicado al "Fin de Siglo y Novecientos", escribe un comentario sobre Blasco. [...] segundo caso, contenido esta vez en el libro de Pedro Laín Entralgo, un volumen de casi quinientas páginas, titulado *La Generación del Noventa y Ocho*, [...].

Alborg dedicará más de diez páginas, 498 a la 508, a analizar y desmontar la "tramoya" crítica de ambos autores y estamos completamente de acuerdo con su análisis y con su conclusión final:

Una cosa creo que debe quedar clarísima tras la maraña crítica que acabamos de atravesar: que la inclusión, la exclusión, la condena, la exaltación, el silencio o el disimulo más maquiavélico están, simplemente, en las manos del prestidigitador en funciones, que puede, según su personal deseo y habilidad, sacar de la chistera conejos y serpentinatas, o meterlas en ella y hacerlas desaparecer por escotillón.

Nuestra opinión personal a cerca del silencio oficial y crítico vertido sobre Vicente Blasco Ibáñez y su obra, nunca conseguido a escala popular,⁹ como ya indicábamos a inicios de este primer apartado, se debió más que a causas políticas, que sí las hubo, sobre todo y a partir del éxito internacional de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, a envidias y celos de escritores y críticos coetáneos y, es que, como apostilla Juan Luis Alborg, "una razón que siempre da vergüenza aducir, pero que no puede ser otra: era mucho Blasco, mucho lo que este hombre estaba consiguiendo, para poderlo soportar".

II

LUNA BENAMOR

Luna Benamor, cuya edición príncipe realizada por Sampere en Valencia, en 1909, es, en opinión de José Luis León Roca, "una historia antigua que nació poco antes de escribir *La bodega*"¹⁰ y siendo así es, siguiendo la clasificación efectuada por Alborg en su estudio de la obra blasquiiana, coetánea del ciclo de novelas llamadas "sociales"; ciclo al que pondría cierre *La horda* con su publicación en 1905. Si bien es verdad, que *Luna Benamor* al darse a la estampa en 1909 lo hace como narración, que da el título a un libro de cuentos, aunque en realidad sea una novela seguida de seis cuentos, que según León Roca se habían publicado ya, y de cinco "Bocetos y apuntes", tipo ensayos. El ejemplar que hemos manejado para nuestro estudio, corresponde a la tirada que alcanza los 48.000, efectuada por Prometeo en 1919; en cuya portada, realizada por Ochoa, aparece entre paréntesis debajo del título la leyenda NOVELA; fórmula que se repetirá en la página 5, la de título y créditos editoriales. El texto de la novela comprende desde la página 7 a la 109. En el índice se nos detallan los otros apartados de Cuentos y de Bocetos y apuntes; los primeros, desde la página 111 a la 211, y los segundos, desde la 213 a la 264.

Alborg estima que *Luna Benamor* debe de estudiarse como una novela corta y así lo hace, aunque se la mencione de pasada en el capítulo que dedica a los cuentos del autor valenciano. Sus motivos son la importancia de la novela, "que no es un cuento

⁹ A este respecto refería Alborg en la nota 112, página 516 de su obra ya citada, que "John Bronislaw Dalbor, después de ponderar la rara cualidad que posee Blasco de interesar a todo género de lectores, cualquiera que sea su capacidad intelectual, sensibilidad o educación artística, escribe: 'Muchos escritores y críticos se han reído de este aspecto de Blasco, pero estamos seguros que estas risas están mezcladas frecuentemente con la irritación –y en el caso de sus colegas escritores, con la envidia– que les produce su tremendo éxito con el público lector'".

¹⁰ Presumiblemente, en 1903, o por el verano de 1904, tras escribir *El intruso*.

propiamente, [acabamos de ver, que Blasco nunca la considero cuento en las tiradas que se realizaron mientras vivió] sino una novela corta y aun de extensión sobrada para merecer nombre de tal". Disiente Alborg de la datación de escritura de la novela dada por León Roca; para él "parece escrita a continuación, y muy de propósito, de *Los muertos mandan*, para cerrar el retablo que esta novela había abierto y que Blasco, [...], no acertó a construir de forma conveniente". Para comprender esta opinión de Alborg y otras reflexiones que le siguen, es necesario que conozcamos unas palabras del tío Pablo, uno de los *chuetas* de *Los muertos mandan*, casi al término de la novela:

Matemos a los muertos; pisoteemos los obstáculos inútiles, las cosas viejas que obstruyen y complican nuestro camino. Todos vivimos con arreglo a lo que dijo Moisés, a lo que dijeron Buda, Jesús, Mahoma u otros pastores de hombres, cuando lo natural y lo lógico sería vivir con arreglo a lo que pensamos y sentimos nosotros mismos.¹¹

En este párrafo de *Los muertos mandan*, Alborg piensa que Blasco puso en pie de igualdad a los cuatro "pastores de hombres", como los instrumentos viejos que limitan y estrechan el desarrollo de los sentimientos humanos; "ahora, [dice] en *Luna Benamor*, vienen del lado de Moisés". Para él, la novela, de "trama sencillísima", se integra dentro del gran número de narraciones literarias españolas, que durante la segunda mitad del XIX y principios del XX desarrollaron tramas argumentales sobre temas o asuntos religiosos. Opina que uno de los méritos sobresalientes de *Luna Benamor* es su brevedad y expone como "el problema se plantea de forma espontánea, directa y natural, y con la misma rapidez y autenticidad surge el obstáculo en que han de estrellarse los protagonistas. El idilio se desarrolla en términos delicadamente poéticos, pero no por eso menos verdaderos". Finalmente, antes de iniciar nuestro estudio directo de la novela, nos interesa recoger una última consideración de Juan Luis Alborg sobre Blasco y *Luna Benamor*:

Blasco, con objetividad naturalista una vez más, no juzga abiertamente a los parientes y correligionarios de Luna Benamor; presenta simplemente los hechos, narra y describe. Pero es evidente que a los sefardíes de Gibraltar les corresponde de forma absoluta la ruptura del idilio entre Luna y Luis, es decir, el fracaso del amor, que Blasco ha subrayado como el humano ideal que debe triunfar sobre el dogal de todas las religiones.¹²

Nada más comenzar la novela, Blasco Ibáñez nos presenta directo al protagonista: Luis Aguirre, joven de 29 años, lleva ya cerca de un mes en Gibraltar, puerto desde el que ha de partir hacia Australia, a ocupar el cargo de cónsul. Aguirre, huérfano, pertenece a una familia de diplomáticos españoles, que han servido a su país en ese oficio durante un siglo. Protegido por su tío, ha conseguido, ahora con este cargo, su primer destino importante en su carrera. Nuestro escritor dedicará el primer capítulo de la novela a describirnos el variopinto universo que era Gibraltar a finales del siglo XIX; a veces lo hará desde la óptica de Aguirre, otras, con una técnica de narración objetiva, que resistiría sin desdoro la confrontación con textos de *El año pasado en Marienbad*, de Alain Robbe-Grillet, o de *El square*, de Marguerite Duras; pero en ambos casos las descripciones poseen una veracidad y perfección extraordinarias.

Así, "Gibraltar fue para él la primera aparición de un mundo lejano, incoherente y exótico, mezcla de idiomas y de razas, en cuya busca iba." (pg. 8).¹³ Más adelante, en la página 10 escribe: "Para Aguirre era Gibraltar un fragmento del lejano Oriente que le salía al paso; un puerto de Asia arrancado de su continente y arrastrado por las olas para venir á encallar en la costa de Europa, como muestra de la vida en remotas tierras". Este exotismo, esa lejanía oriental embelesará a Luis Aguirre a lo largo de la novela en sus relaciones personales, con el hindú Khamull y con los sefarditas gibraltareños; esta percepción de

¹¹ Véase la semejanza con lo expuesto en la novela *Sónnica, la cortesana*, pág. 731 del Volumen I de las *Obras Completas de V. Blasco Ibáñez*, Aguilar, Madrid, 1978; y que luego, también veremos razonado de idéntica forma en los momentos claves de *Luna Benamor*, pág.96, Prometeo, Valencia, 1919.

¹² "El amor es el sentimiento más virtuoso; de él emanan todas las grandezas. Sólo los bárbaros lo calumnian, ocultándolo como una deshonestidad"; en *Sónnica, la cortesana*, op.cit.

¹³ Aunque citemos en la comunicación algunos fragmentos del capítulo I de *Luna Benamor*, nos parece acertado acompañarlo íntegro como Apéndice I; así el lector observará que nadie ha descrito Gibraltar con tanta fidelidad como Blasco.

lo extraño y lejano de culturas y costumbres hasta ese momento ajenas a él, irá forjando en Aguirre, si no como principal ingrediente si uno muy importante, la atracción por la joven sefardí Luna Benamor. El exotismo que les diferencia a ambos animará el idilio amoroso entre los dos jóvenes y consolidará un fortísimo lazo de atracción mutua. Vemos en la página 12, en una breve frase ese encandilamiento del diplomático, a la par que Blasco define magistralmente a los habitantes de Gibraltar: "Aguirre se mezclaba en el vaivén de esta población cosmopolita".

Pero no sólo atiende Blasco en su extraordinaria descripción de Gibraltar a su cosmopolitismo y singularidad en el continente europeo, también señala características geográficas, étnicas y urbanísticas. Así por ejemplo, en la página 11 recoge un fenómeno meteorológico peculiar del Peñón, que los campogibraltareños conocemos desde nuestra niñez y que asociamos a si el día va a ser bueno o fatal., aunque la mayoría de las veces, por acostumbrados no reparamos en él. "En Gibraltar las neblinas marítimas [también la nubosidad del viento de Levante] se condensaban en torno de las cimas del peñón, formando á modo de un paraguas¹⁴ negruzco que cobijaba á la ciudad, manteniéndola en húmeda penumbra, mojando calles y tejados con lluvia impalpable".

Las páginas 15 a 18 desgranán al uso de añejas *geografías pintorescas* una catarata de tipos étnicos en una convivencia multicolor de pieles y vestiduras, hablas y religiones.

Por el centro de la calle [la calle Real] discurría, semejante á una mascarada, la variedad de trajes y de tipos que había sorprendido á Aguirre como un espectáculo distinto del de las demás ciudades europeas. Pasaban marroquíes, [...] moros tangerinos que surtían la plaza de gallinas y hortalizas, [...] Los judíos de Marruecos, vestidos á la oriental, con haldas de seda y un solideo eclesiástico, [...] Los soldados de la guarnición, (pg. 15) [...] Eran gorras de marineros. Los acorazados del Mediterráneo soltaban en tierra la gente libre de servicio, (pg. 16) [...] Y revueltos con toda esta gente de guerra, pasaban gitanos de faja suelta, larga vara y rostro atezado; gitanas viejas, astrosas, [...] judíos de la ciudad, con largas levitas y brillantes sombreros de copa, para solemnizar algunas de sus fiestas; negros procedentes de las posesiones inglesas; indios cobrizos, [...] hebreas de Gibraltar, altas, esbeltas, elegantes, vestidas de blanco, con la corrección de las inglesas; hebreas viejas (pg. 17) de Marruecos, adiposas, hinchadas, con un pañuelo multicolor ceñido á las sienas; sotanas negras de sacerdotes católicos, levitas cerradas de sacerdotes protestantes, sueltas hopalandas de rabinos venerables, [...] ... y todo este mundo variadísimo encerrado en la estrechez de una ciudad fortificada, hablando al mismo tiempo diversos idiomas, pasando sin transición, en el curso del diálogo, del inglés á un español pronunciado con fuerte acento andaluz (pg. 18).

Espléndida por su brevedad y exactitud es la definición de la calle Real, casi al final de la página 18: "La tierra entera parecía desfilar entre sus dos líneas de casas". En la página 20 nos da noticia de un personaje curioso de Gibraltar, el "San Pedro";

Salía la retreta por las calles, una (pg. 19) música militar de pífanos y tambores en torno del gran instrumento nacional amado de los ingleses, el bombo, que golpeaba con ambas manos un atleta sudoroso, arremangado y de fuertes bíceps. Detrás marchaba "San Pedro", un oficial con escolta, llevando las llaves de la ciudad. Gibraltar quedaba incomunicado con el resto del mundo; se cerraban puertas y rastrillos (pg.20).

De la página 20 a la 23 nos entregará Blasco unas pinceladas sobre las diversas religiones que cohabitaban en la colonia británica; y quizás, por única vez en *Luna Benamor*, se le escape una opinión personal:¹⁵

En los restaurantes¹⁶ de templanza, establecidos por la piedad protestante para curar el vicio de la embriaguez, soldados y marineros sobrios, bebiendo limonada ó tazas de té, (pg.20) prorrumpían en himnos orfeónicos á la gloria del Señor

¹⁴ En la comarca campogibraltareña también se le suele llamar "sombrero".

¹⁵ También en las páginas 87 y 88, introduce unas reflexiones de Aguirre sobre el penal inglés del Castillo Moro, en las que compara la justicia inglesa con los métodos inquisitoriales.

¹⁶ Obsérvese la españolización (que aunque incorporada por la Academia no llegó a cuajar en el lenguaje popular) del galicismo *restaurant*.

de Israel, que en otros tiempos se cuidaba de guiar á los hebreos por el desierto, y ahora guía á la vieja Inglaterra á través de los mares, para que coloque su moral y sus tejidos (pg.21).

Luego recobra la objetividad:

La religión llenaba la existencia de aquellas gentes, hasta el punto de suprimir la nacionalidad. Aguirre sabía que en Gibraltar no era un español: era un católico. Y los demás, súbditos ingleses casi todos, apenas se acordaban de esta condición, designándose por el nombre de su creencia.

Su amigo, el indio de Madrás, Khamull, en algunas de sus conversaciones le manifiesta a Aguirre su deseo de reunir dinero suficiente para regresar a la India, para huir de "los occidentales, gentes impuras, con las que quería hacer negocios, pero cuyo contacto evitaba. ¡Volver allá! ¡no morir lejos del río sagrado!..." (pg.23).

A través de la novela, el tema religioso será traído a colación para describir determinados ritos: fiesta hebrea de las Cabañas; himnos y cánticos en las catedrales católica y protestante, como telón de fondo en un momento crucial de la narración; incineración del cadáver de Khamull en la playa oriental del Peñón...

En cuanto a la descripción del Peñón, a veces de una gran belleza, como escenario por donde los dos enamorados, Luna y Luis, pasean sin recato su amor, nos interesa remarcar la que el escritor valenciano realiza del farallón que oculta la playa y la bahía de los Catalanes. En ella muestra Blasco lo gran conocedor que era de Gibraltar y de sus gentes.¹⁷ Su información será de primera mano; durante la etapa en que dos de sus hijos estudiaron en los *Christian Brothers*, Blasco menudeo sus visitas a la Colonia.

Antes de llegar á la Cueva de los Monos, los dos amantes se detuvieron. El camino terminaba á su vista algo más allá, en un saliente del Peñón, inabordable, cortado á pico. Al otro lado del obstáculo estaba invisible la Bahía de los Catalanes con su aldea de pescadores, única población dependiente de Gibraltar.¹⁸ El Peñón adquiría en esta soledad una grandeza salvaje. Los hombres no eran nada, las fuerzas naturales desarrollábanse libremente, con todo su ímpetu majestuoso (pgs.75 y 76).

A partir del capítulo II, la trama va desenvolviéndose y Aguirre, rememora la circunstancia que ha hecho que dejara pasar, sin embarcarse, tres trasatlánticos con destino a Australia: su enamoramiento de Luna Benamor, nieta del viejo sefardita Samuel Aboab y sobrina de Zabolón Aboab, banqueros cambistas en la calle Real.

Llevado de su afán por conocer a Luna, no dudará, con pretexto de cambiar dinero, en entablar relación con los parientes de la bella muchacha, que más parece una joven inglesa que una hebrea gibraltareña. Aguirre conoce desde los primeros momentos, por sus amigos gibraltareños, que Luna, Lunita Benamor como la llaman con simpatía, está prometida a otro banquero judío, Isaac Núñez, que está en Argentina haciendo fortuna. Las referencias y detalles de los dos Aboab no tienen desperdicio, como así mismo las charlas del anciano Samuel, añorante de España. "Mis antiguos fueron de allá, de un lugar que llaman Espinosa de los Monteros. [...] ¡Ah, Castelar!... Castelar amigo de hebreos y los defendió. ¡De los *judeos*, como dicen allá!"; y llorando sin poder contenerse exclamaba "¡España! ¡Tierra bonita!" (pg.39). Impresionantes por su afirmación de españolidad y su entrañable amor a la tierra de sus ancestros son las palabras y los actos del anciano narrados en la página 49:

¹⁷ Según la información personal y bibliográfica que me facilita mi buen amigo el historiador gibraltareño, don Tito Benady, que reproducimos en el Apéndice II, es muy posible que la protagonista, Luna Benamor fuera la señorita Simita Benatar. Esta joven sefardita de gran belleza, era llamada por sus contemporáneos *La Judith gibraltareña*. De esta forma, el Dr. Ángel Pulido Fernández la nombra y recoge su fotografía en las páginas 350 y 351, respectivamente, de su obra *Españoles sin Patria y la raza sefardí*, editada en Madrid en 1905.

¹⁸ Demuestra Blasco conocer este singular detalle administrativo, aún vigente.

–Somos ingleses –decía el patriarca–. Que el Señor guarde y dé mucha felicidad á nuestro rey; pero somos españoles por nuestra historia: castellanos, eso es... castellanos.

Escogía entre los pergaminos uno más blanco y fresco, é inclinaba sobre él su barba ondulada y blanca, sus ojos lacrimosos.

–Este es el casamiento de Benamor con mi pobre hija; el de los padres de Lunita. Usted no puede entenderlo, está en caracteres hebreos; pero el lenguaje es castellano, castellano del rancio, del que hablaban nuestros antiguos.

Y leía con voz infantil, lentamente, como si se deleitase en el arcaísmo de las palabras, los términos del contrato que unía a los contrayentes "*á usanza de Castella la Viexa*".

Sin embargo, su amor por España no traía el olvido del pasado. Cuando el español animaba a Samuel a ir a España, el patriarca respondía: "–Hay leyes aún contra los pobres *judeos*. Está la pragmática de los Reyes Católicos. ¡Cuando la quiten!... ¡Cuando nos llamen!". Aguirre se reía cariñosamente de su miedo; pero era inútil. En las frases siguientes el narrador defiende el temor de Samuel Aboab, a la par que nos data la acción de la novela alrededor de 1892. "Pero el viejo insistía en su miedo. Habían sufrido mucho; el temor de la expulsión estaba aún en sus huesos y en su sangre, después de cuatro siglos" (pg.42).

A medida que la relación avanza entre los dos jóvenes, Luna, al igual que su abuelo, se siente atraída por España; así, en la página 51, la muchacha sefardita exclama: "¡Toledo!... ¡La capital española de Israel! ¡La segunda Jerusalén!". En sus frecuentes paseos, Luna va contándole su vida a Luis; su niñez en Marruecos, como cuando estuvo muy enferma su madre le cambió su nombre primero, Horabuena, por el de Luna para engañar al *huerco*, el demonio que ya se había llevado a su hermana con las fiebres;... Con respecto a su infancia en Marruecos, son demoledoras las revelaciones que efectúa en la página 54, sobre la existencia de los judíos ricos en ese país. Sólo recogeremos las frases iniciales excusando el resto. "Los moros odiaban al judío. Las familias ricas hebreas tenían que aislarse, viviendo entre ellas, nutriéndose socialmente de su propia substancia, sosteniéndose á la defensiva en un país falto de leyes".

A pesar que al principio de su amistad, cuando Luis le expone "¿por qué no quererse? ¿Por qué no ser novios?", Luna protesta: "¡Qué locura! Novios, ¿para qué? No podían casarse: eran de diferentes creencias". Aunque, instantes después, Luna acceda y se hagan "novios á la española", el germen nefasto que romperá su relación está, estaba sembrado desde el principio: "eran de diferentes creencias". De nada sirve que, en las páginas siguientes, el amor entre los dos enamorados vaya en *crescendo*. Así lo manifiesta Luna

–Yo creo que te he esperado siempre. Ahora me convengo de que te conocía mucho antes de haberte visto. Cuando te encontré por primera vez, el día de las Cabañas, sentí que algo grave y decisivo pasaba sobre mi vida. Cuando supe quién eras, fui tu esclava y aguardé con ansiedad tu primera palabra. (pg.71)

Gran ternura, un lirismo extraordinario revisten las dos declaraciones de amor, que se hacen los amantes la última tarde que pasan juntos como novios, hasta que el cañonazo de la atardecida los trae a la realidad. En pocas ocasiones, he leído una confesión de amor tan sincera, tan honda, como la que Blasco pone en boca de estos novios. Parece tremolar una angustia vaticinadora del final de su intenso amor. Habla Luis Aguirre:

–Te quiero– [...] te quiero porque eres de mi raza y no lo eres; porque hablas mi idioma, y sin embargo tu sangre no es mi sangre. Tienes la gracia y la belleza de la española, para hay en ti algo más, algo exótico que me habla de lejanos países, de cosas poéticas, de perfumes desconocidos que me parece oler cada vez que me aproximo á ti... Y tú, Luna, ¿por qué me quieres?

–Te quiero– contestó ella, tras larga pausa, con voz grave y pastosa de soprano emocionada-, te quiero porque también tienes algo en tu rostro de los de mi raza, y sin embargo te diferencias de ellos como se diferencia el señor del siervo.

Te quiero... no sé por qué. Vive en mí el alma de las antiguas hebreas del desierto que iban al pozo del oasis con el pelo suelto y el cántaro en la cabeza. Llegaba el gentil extranjero, con sus camellos, pidiendo de beber; ella le contemplaba con ojos graves y profundos, y al darle agua entre sus manos blancas, le daba el corazón, el alma entera y le seguía como esclava...¹⁹ Los tuyos asesinaron y robaron á los míos; durante siglos lloraron mis abuelos en extraños países la pérdida de la nueva Sión, de la tierra bonita, nido de consuelo; debía odiarte, pero te amo, extranjero mío; tuya soy, y te seguiré adonde tú vayas. (pgs. 79 y 80)

Ya conocíamos por la cita de Juan Luis Alborg, como la oposición del rabino y de la familia sefardíes de Luna acaba con el noviazgo. Los parientes ante el cariz de la relación con el español, mandan aviso al prometido de Luna para que venga rápidamente a Gibraltar.

Qué lejos de aquellas palabras de amor y de entrega total quedan las de la última entrevista, la del adiós definitivo. Incluso cuando las súplicas de Luis parecen que van a debilitar la decisión de Luna de poner fin a su amor, ésta se sobrepone: "–No –dijo ella con energía, cerrando los ojos como si temiese flaquear al verle–. No. Es imposible. Tu Dios no es mi Dios; tu raza no es mi raza". Ante esa tajante manifestación, Luis Aguirre le responde:

–¡Tu Dios! ¡Tu raza! –exclamó el español tristemente–. ¡Aquí donde hay tantos dioses! ¡Aquí donde cada uno es de su raza!... Olvida eso; todos somos iguales ante la vida; no hay mas que una verdad: el amor. (pg.96)

Desde este momento, el diálogo entre los dos jóvenes desaparece. Resultarán inútiles todas las reflexiones, todos los recuerdos de esos 38 días maravillosos de noviazgo que ha vivido; serán vanas todas las reconveniones que Aguirre formule a Luna. Ella ya ha elegido su destino, mejor dicho su familia, su comunidad religiosa le ha elegido su destino y ella lo acata. Atrás, en las páginas de los recuerdos bellos de la juventud quedarán esos días, en que fuera de sí amara a Luis Aguirre, al cristiano, al español. Era el fin de una historia de amor imposible.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORG, Juan Luis. *Historia de la Literatura Española*. Madrid. Editorial Gredos, tomo V, volumen III, 1ª edición, 1999.
BLASCO IBÁÑEZ, Vicente. *Luna Benamor*. Valencia. Editorial Prometeo; edición de 1919. *Obras completas*. Madrid. Aguilar, volumen I, 1978
DÍAZ PLAJA, Guillermo: *Modernismo frente a noventa y ocho*. Madrid. 1951.
GASCÓ CONTELL, Emilio: *Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y Novelista*. Madrid. 2ª edición, 1955.
LEÓN ROCA, José Luis: *Vicente Blasco Ibáñez: Artículos contra la Guerra de Cuba*. Valencia. 1978.
PULIDO FERNÁNDEZ, Dr. Ángel: *Españoles sin Patria y la raza sefardí*. Madrid. 1905.
S. GRANJEL, Luis: *La generación literaria del 98*. Salamanca. 1966.
V.V.A.A.: *Sagrada Biblia*. Madrid. Editorial Apostolado de la Prensa, S.A., 5ª ed.; 1953.

¹⁹ Nos recuerda este pasaje el episodio de Moisés en Madián, con los pastores y las hijas del sacerdote Jetró, y a su posterior boda con Séfora; *Éxodo*, 2, 16-21.

ANEXO I

OBRAS DE D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

CON EL NÚMERO DE EJEMPLARES IMPRESOS EN ESPAÑA (*)
DE CADA UNA DE ELLAS, HASTA SEPTIEMBRE DE 1924

o o o o o

	EJEMPLS.
CUENTOS VALENCIANOS.	60.000
LA CONDENADA (cuentos).	56.000
EN EL PAÍS DEL ARTE (viajes).	64.000
ARROZ Y TARTANA (novela).	68.000
FLOR DE MAYO (novela).	80.000
LA BARRACA (novela).	92.000
SÓNICA LA CORTESANA (novela).	56.000
ENTRE NARANJOS (novela).	88.000
CAÑAS Y BARRO (novela).	64.000
LA CATEDRAL (novela).	72.000
EL INTRUSO (novela).	56.000
LA BODEGA (novela).	48.000
LA HORDA (novela).	44.000
LA MAJA DESNUDA (novela).	49.000
ORIENTE (viajes).	52.000
SANGRE Y ARENA (novela).	124.000
LOS MUERTOS MANDAN (novela).	56.000
LUNA BENAMOR (novelas).	48.000
LOS ARGONAUTAS (novela).—Dos tomos.	48.000
LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS (novela).	148.000
MARE NOSTRUM (novela).	104.000
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER (novela).	88.000
EL MILITARISMO MEJICANO (artículos).	40.000
EL PRÉSTAMO DE LA DIFUNTA (novelas).	44.000
EL PARAÍSO DE LAS MUJERES (novela).	36.000
LA TIERRA DE TODOS (novela).	66.000
LA REINA CALAFIA (novela).	60.000
NOVELAS DE LA COSTA AZUL.	20.000

NOVELAS DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

A LOS PIES DE VENUS. EL ORO Y LA MUERTE.
LAS RIQUEZAS DEL GRAN KAN. LA CASA DEL OCEANO.

V. BLASCO IBÁÑEZ
LUNA BENAMOR
(NOVELA)



LUNA BENAMOR

Es PROPIEDAD.—Reservados todos los derechos de reproducción, traducción y adaptación.

Copyright 1919, by V. Blasco Ibañez.

I

Cerca de un mes llevaba Luis Aguirre de vivir en Gibraltar. Había llegado con el propósito de embarcarse inmediatamente en un buque de la carrera de Oceanía, para ir á ocupar su puesto de cónsul en Australia. Era el primer viaje importante de su vida diplomática. Hasta entonces había prestado servicio en Madrid, en las oficinas del Ministerio, ó en ciertos consulados del Sur de Francia, elegantes poblaciones veraniegas donde transcurría la existencia en continua fiesta durante la mitad del año. Hijo de una familia dedicada á la diplomacia por tradición, contaba con buenos valedores. No tenía padres, pero le ayudaban los parientes y el prestigio de un apellido

8

V. BLASCO IBAÑEZ

que durante un siglo venía figurando en los archivos del Ministerio de Estado. Cónsul á los veintinueve años, iba á embarcarse con las ilusiones de un colegial que sale á ver el mundo por vez primera, convencido de la insignificancia de los viajes que llevaba realizados hasta entonces.

Gibraltar fué para él la primera aparición de un mundo lejano, incoherente y exótico, mezcla de idiomas y de razas, en cuya busca iba. Dudó, en su primera sorpresa, de que aquel suelo rocoso fuese un pedazo de la península natal avanzando en pleno mar y cobijado por una bandera extraña. Cuando contemplaba desde las laderas del peñón la gran bahía azul, sus montañas de color de rosa, y en ellas las manchas claras de los caseríos de La Línea, San Roque y Algeciras, con la alegre blancura de los pueblos andaluces, convencíase de que estaba aún en España; pero encontraba enorme la diferencia entre las agrupaciones humanas acampadas al borde de esta herradura de tierra llena de agua de mar. Desde la punta avanzada de Tarifa hasta las puertas de Gibraltar, la unidad mouóto-

LUNA BENAMOR

9

na de raza, el alegre gorjeo del habla andaluza, el ancho sombrero pavelo, el mantón envolviendo los bustos femeniles y el acetoso peinado adornado con flores. En la enorme montaña verdinegra rematada por el pabellón inglés, que cierra la parte oriental de la bahía, una olla hirviendo de razas, una confusión de lenguas; un carnaval de trajes: indios, musulmanes, hebreos, ingleses, contrabandistas españoles, soldados de casaca roja, marineros de todos los países, viviendo en la estrechez de las fortificaciones, sometidos á una disciplina militar, viendo abiertas las puertas del aprisco cosmopolita con el cañonazo del amanecer y cerradas al retumbar el cañón de la tarde. Y como marco de este cuadro, bullicioso en su amalgamamiento de colores y gestos, en el término más remoto de la línea del mar, una hilera de cumbres, las alturas de África, las montañas marroquíes, la orilla fronteriza del Estrecho, el más concurrido de los grandes bulevares marítimos, por cuya calzada azul transcurren incesantemente pesados veleros de todas las nacionalidades, de todas las banderas; negros trasat-

lánticos que cortan el agua en busca de las escalas del Oriente poético, ó cruzando el callejón de Suez van á perderse en las inmensidades del Pacífico, moteadas de islas.

Para Aguirre era Gibraltar un fragmento del lejano Oriente que le salía al paso; un puerto de Asia arrancado de su continente y arrastrado por las olas para venir á encallar en la costa de Europa, como muestra de la vida en remotas tierras.

Estaba alojado en un hotel de la calle Real, vía que contornea la montaña, espina de la ciudad á la que afluyen como sutiles rasgas los callejones en pendiente ascendente ó descendente. Al amanecer despertaba sobresaltado con el cañonazo del alba: un disparo seco, brutal, de pieza moderna, sin el eco retumbante de los cañones antiguos. Temblaban las paredes, cimbreábanse los pisos, palpitan vidrios y persianas, y á los pocos momentos comenzaba á sonar en la calle un rumor, cada vez más grande, de rebano apresurado, un arrastre de miles de pies, un susurro de conversaciones en voz baja á lo largo de los edificios cerrados

y silenciosos. Eran los jornaleros españoles que llegaban de La Línea para trabajar en el arsenal; los labriegos de San Roque y Algeciras que surtían de verduras y frutas á los vecinos de Gibraltar.

Aún era de noche. En la costa de España tal vez el cielo estaba azul y comenzaba á colorearse el horizonte con la lluvia de oro del glorioso nacimiento del sol. En Gibraltar las neblinas marítimas se condensaban en torno de las cimas del peñón, formando á modo de un paraguas negrozco que cobijaba á la ciudad, manteniéndola en húmeda penumbra, mojando calles y tejados con lluvia impalpable. Los vecinos se desesperaban bajo esta niebla persistente, arrollada á los picos del monte como un gorro fúnebre. Parecía el espíritu de la vieja Inglaterra llegado por encima de los mares para velar sobre su conquista; un jirón de la bruma de Londres que se inmovilizaba insolentemente frente á las tostadas costas de África, en pleno país solar.

Avanzaba la mañana, y la luz esplendorosa y sin trabas en la bahía lograba introducirse al fin entre el caserío anarillo y

azul de Gibraltar, descendiendo á lo más hondo de sus calles estrechas, disolviendo la niebla enganchada en el ramaje de la Alameda y las frondosidades de los pinares que se extienden cuesta arriba para enmascarar las fortificaciones de la cumbre, sacando de la penumbra las moles grises de los acorazados surtos en el puerto y los negros lomos de los cañones acostados en las baterías de la ribera, colándose por las lóbregas troneras abiertas en el peñón, bocas de cuevas reveladoras de misteriosas obras de defensa labradas en el corazón de la roca con industria de topo.

Cuando Aguirre bajaba á la puerta del hotel, renunciando á dormir por el estrépito de la calle, ésta se hallaba ya en plena agitación comercial. Gente, mucha gente; el vecindario de toda la ciudad, á más de las tripulaciones y pasajeros de los buques surtos en el puerto. Aguirre se mezclaba en el vaivén de esta población cosmopolita, yendo desde los cuarteles de la Puerta de Mar hasta el palacio del gobernador. Se había hecho inglés, según decía él sonriendo. Con la instintiva facilidad del espa-

ñol para adaptarse á los usos de todo país extraño, imitaba el aire de los gibraltareños que eran de origen británico. Se había comprado una pipa, cubría su cabeza con una gorrilla de viaje, llevaba los pantalones con el bordón doblado y en la mano un junquillo corto. El día que llegó, antes de que cerrase la noche, ya sabían en Gibraltar quién era y adónde iba. Dos días después le saludaban los tenderos á las puertas de sus establecimientos, y los ociosos agrupados en la plazoleta de la Bolsa de Comercio cruzaban con él esas miradas afales con que se acoge al forastero en una ciudad pequeña, donde nadie conserva su secreto.

Avanzaba por el centro de la calle, evitando los ligeros carruajes cubiertos con un toldo de blanca lona. Las tabaquerías ostentaban rótulos multicolores, con figuras que servían de marca á sus productos. En los escaparates amontonábanse como ladrillos los paquetes de tabaco, y lucían su absurda grandeza cigarros monstruosos, infumables, cubiertos de papel de plata, como si fuesen salchichones. Las tiendas

do los israelitas mostraban al través de sus puertas, limpias de adornos, las anaquele-
rias repletas de rollos de seda y terciopelo,
ó piezas de ricas blondas pendientes del
techo. Los bazares indostánicos desborda-
ban en plena calle sus preciosidades exóti-
cas y multicolores: tapices bordados con
divinidades horribles y animales quiméri-
cos; alfombras en las que la flor del loto se
adaptaba á las más extrañas combinaciones;
kimonos de suaves ó indefinibles tintas;
tibores de porcelana con monstruos que
vomitaban fuego; chales de color de ámbar,
sutiles como suspiros tejidos; y en las pe-
queñas ventanas convertidas en escapara-
tes, todas las chucherías del Extremo
Oriente en plata, en marfil ó en ébano:
elefantes negros de colmillos blancos, Bu-
das panzudos, joyas de filigrana, amuletos
misteriosos, dagas cinceladas desde el pomo
á la punta. Alternando con todas estas
tiendas de un puerto libre que vive del
contrabando, confiterías dirigidas por ju-
díos, y cafés y más cafés, unos á la espa-
ñola, con redondas mesas de mármol, cho-
que de fichas de dominó, atmósfera de

humo y discusiones á gritos acompañadas
de manoteos; otros con un carácter de *bar*
inglés, llenos de parroquianos inmóviles y
silenciosos, que se sorben un *cock-tail* tras
otro, sin más signo de emoción que el en-
rojecimiento creciente de la nariz.

Por el centro de la calle discurría, se-
mejante á una mascarada, la variedad de
trajes y de tipos que había sorprendido á
Aguirre como un espectáculo distinto del
de las demás ciudades europeas. Pasaban
marroqufes, unos con largo jaique blanco
ó negro, la capucha calada como si fuesen
frailes; otros en calzones bombachos, las
piernas al aire, sin más calzado que las
sueltas y amarillas babuchas, y la rapada
cabeza protegida por el envoltorio del tur-
bante. Eran moros tangerinos que surtían
la plaza de gallinas y hortalizas, guardando
su capital en las carteras de cuero bordado
que pendían junto á sus cinturas fajadas.
Los judíos de Marruecos, vestidos á la
oriental, con haldas de seda y un solideo
eclesiástico, pasaban apoyados en un palo,
como si arrastrasen su blanda y tímida
obesidad. Los soldados de la guarnición,

altos, enjutos, rubios, hacían resonar el
suelo con la cadenciosa pesadez de sus za-
patos. Unos iban vestidos de kaki, con la
sobriedad del soldado en campaña; otros
lucían la tradicional casaquilla roja. Los
casacos blancos ó enfundados de amarillo
alternaban con las gorras de plato; los sar-
gentos lucían sobre el pecho la banda es-
carlata; otros soldados ostentaban, cruzado
bajo un sobaco, el delgado junco signo de
autoridad. Sobre el cuello de muchas casa-
cas elevábase la desmesurada esbeltez del
pescuezo británico, largo, jirafeño, con una
aguda protuberancia en su cara anterior.
De pronto, todo el fondo de la calle se cu-
bría de blanco: una avalancha de galletas
de nieve parecía avanzar con cadencioso
vaivén. Eran gorras de marineros. Los aco-
razados del Mediterráneo soltaban en tierra
la gente libre de servicio, y la calle se lle-
naba de muchachos rubios y afeitados, la
blanca tez coloreada por el sol, el busto
casi desnudo dentro del cuello azul, los
pantalones de ancha boca, semejantes á
patas de elefante, moviéndose á ambos la-
dos; mozos de cabeza pequeña y facciones

añiñadas, con las manos enormes caídas
al extremo de los brazos, como si éstos
apenas pudiesen sostener su volumen. Des-
hacíanse los grupos de la flota, desapare-
ciendo en los callejones en busca de una
taberna. El polizante de blanco casco lo
segua con ojos resignados, seguro de tener
que luchar con algunos de ellos y pedir
<¡favor al rey!> cuando, al sonar el cañón
de la tarde, los condujera borrachos perdi-
dos al acorazado.

Y revueltos con toda esta gente de gue-
rra, pasaban gitanos de faja suelta, larga
vara y rostro atezado; gitanas viejas, astro-
sas, que inquietaban á los tenderos apenas
se detenían ante sus puertas, por los mis-
teriosos escondrijos de su mantón y sus
zagalejos; judíos de la ciudad, con largas
levitas y brillantes sombreros de copa, para
solemnizar alguna de sus fiestas; negros
precedentes de las posesiones inglesas; in-
dios cobrizos, de caído bigotillo, con panta-
lones blancos, anchos y cortos, semejantes
á delantales; hebreas de Gibraltar, altas,
esbeltas, elegantes, vestidas de blanco, con
la corrección de las inglesas; hebreas viejas

de Marruecos, adiposas, hinchadas, con un pañuelo multicolor ceñido á las sienes; sotanas negras de sacerdotes católicos, levitas cerradas de sacerdotes protestantes, sueltas hopalandas de rabinos venerables, encorvados, barbudos, exuberantes de mugre y sabiduría sagrada... y todo este mundo variadísimo encerrado en la estrechez de una ciudad fortificada, hablando al mismo tiempo diversos idiomas, pasando sin transición, en el curso del diálogo, del inglés á un español pronunciado con fuerte acento andaluz.

Aguirre admiraba el espectáculo movable de la calle Real, la variedad de su concurrencia continuamente renovada. En los grandes bulevares de París, á los seis días de sentarse en el mismo café, conocía á la mayor parte de los que pasaban por la acera. Siempre eran los mismos. En Gibraltar, sin salir de la pequeñez de su calle central, todos los días experimentaba sorpresas. La tierra entera parecía desfilarse entre sus dos líneas de casas. De pronto se llenaba la calle de gorros de pelo llevados por gentes rubias, con ojos verdes y nariz

aplastada. Era una invasión rusa. Acababa de anclar en el puerto un trasatlántico que llevaba á América este cargamento de carne humana. Se esparcían por toda la calle, llenaban cafés y tiendas, hacían desaparecer bajo su ola invasora el vecindario normal de Gibraltar. A las dos horas volvía á aclararse el gentío y reaparecían los cascos de soldados y polizontes, las gorras marineras, los turbantes y sombreros de moros, judíos y cristianos. El trasatlántico estaba ya en el mar, luego de haber hecho su provisión de carbón; y así iban sucediéndose en el curso del día las invasiones rápidas y ruidosas de gentes de todas las razas del continente en esta ciudad que podía llamarse la portería de Europa, el pasadizo inevitable por el que una parte del mundo se comunica con las Indias orientales y la otra con las occidentales.

Al desaparecer el sol, brillaba la llamara de un disparo en lo alto del monte, y el estampido del «cañón de la tarde» avisaba á los forasteros faltos de autorización para residir en la ciudad que debían abandonarla. Salía la retreta por las calles, una

música militar de pífanos y tambores en torno del gran instrumento nacional amado de los ingleses, el bombo, que golpeaba con ambas manos un atleta sudoroso, arremangado y de fuertes bíceps. Detrás marchaba «San Pedro», un oficial con escolta, llevando las llaves de la ciudad. Gibraltar quedaba incomunicado con el resto del mundo; se cerraban puertas y rastrillos. Replegada en sí misma, entregábase á sus devociones, encontrando en la religión un grato pasatiempo antes de la cena y del sueño. Los hebreos encendían las lámparas de sus sinagogas y cantaban á la gloria de Jehová; los católicos rezaban el rosario en la catedral; del templo protestante, edificado á estilo morisco, cual si fuese una mequita, salían, como susurro celeste, las voces de las vírgenes acompañadas por el órgano; los musulmanes se reunían en la casa de su cónsul para ganguear interminable y monótona salutación á Alá. En los restaurantes de templanza, establecidos por la piedad protestante para curar el vicio de la embriaguez, soldados y marineros sobrios, bebiendo limonada ó tazas de té,

prorrumpían en himnos orfeónicos á la gloria del Señor de Israel, que en otros tiempos se cuidaba de guiar á los hebreos por el desierto, y ahora guía á la vieja Inglaterra á través de los mares, para que coloque su moral y sus tejidos.

La religión llenaba la existencia de aquellas gentes, hasta el punto de suprimir la nacionalidad. Aguirre sabía que en Gibraltar no era un español: era un católico. Y los demás, súbditos ingleses casi todos, apenas se acordaban de esta condición, designándose por el nombre de su creencia.

En los paseos por la calle Real tenía Aguirre un punto de parada: la puerta de un bazar indostánico, regentado por un indio de Madrás llamado Khiamull. En los primeros días de su estancia le había comprado varios regalos para sus primas de Madrid, hijas de un antiguo ministro plenipotenciario que le protegía en la carrera. Desde entonces deteníase á hablar con Khiamull, hombrecito bronceado y verdoso, con un bigote de extensa negrura que se erizaba sobre los labios como los mostachos de una foca. Sus ojos húmedos

y dulces, ojos de antílope, de bestia buena, humilde y perseguida, parecían acariciar á Aguirre con una finura de terciopelo. Le hablaba en español, mezclando en sus palabras, dichas con acento andaluz, un sinnúmero de voces raras de lejanos idiomas aprendidos en sus viajes. Había corrido medio mundo por cuenta de la compañía á la que prestaba sus servicios. Hablaba de su vida en El Cabo, de Durbán, de Filipinas, de Malta, con una expresión de cansancio. Unas veces parecía joven; otras se contraía su rostro con un gesto de decrepitud. Los de su raza no parecían tener edad. Recordaba su lejano país del sol con la voz melancólica de un proscrito, su gran río sagrado, las vírgenes indostánicas coronadas de flores, de esbeltas y firmes curvas, mostrando entre la recia chaquetilla de pedrería y las faldas de lino un vientre bronceado de estatua. ¡Ay!... Cuando hubiera juntado lo necesario para volver allá, uniría seguramente su suerte á la de una hembra de rasgados ojos y aliento de rosas apenas salida de la niñez. Mientras tanto, vivía como un faquir ascético en medio de

los occidentales, gentes impuras, con las que quería hacer negocios, pero cuyo contacto evitaba. ¡Volver allá! ¡no morir lejos del río sagrado!... Y al manifestar sus deseos al curioso español que le hacía preguntas sobre las lejanas tierras de luz y misterio, el indio tosía, tosía con un gesto doloroso, obscureciéndose más su rostro como si fuese verde la sangre que circulaba tras el bronce de su epidermis.

Aguirre, algunas veces, cual si despertase de un ensueño, se preguntaba qué hacía en Gibraltar. Desde que llegó con el propósito de embarcarse, habían pasado el Estrecho tres grandes vapores con rumbo á las tierras oceánicas. Y él los había dejado partir, fingiendo ignorar su paso, no acabando nunca de enterarse de las condiciones del viaje, escribiendo á Madrid, á su poderoso tío, cartas en las que hablaba de vagas dolencias que por el momento retardaban su embarque. ¿Por qué?... ¿por qué?...

ANEXO II

De Gibraltar es la bella Srta. Simita Benatar, pariente del Sr. Farache, educada en Londres, pero de un amor intenso á España, como heredado de aquellos ilustres Benatar, que durante siglos dieron hijos ilustres á esta nación; entre ellos David Benatar, el cual nació en Toledo el año 1420, fué predicador notable y Rabbi de la sinagoga "Tob Layehudim", hoy llamada El Tránsito, y Salomón Benatar, anterior en veinte años, quien nació en Córdoba y escribió varias obras notables, entre ellas El libro de la medicina y El libro de la mesa, ambos en hebreo y castellano.

Los antepasados de esta señorita, llamada "La Judith gibraltareña" fueron expulsados de Toledo cuando el edicto.



Srta. Simita Benatar, distinguida israelita española de Gibraltar.